

Días de infancia



Cuando yo nací, **Buenos Aires** no era la ciudad que ustedes y yo conocemos. Más que una ciudad, era una aldea pobre, entre el río y la inmensidad de la pampa.

Como no tenía ni siquiera puerto, el galeón que trajo a mi papá **Domenico** desde **España** tuvo que anclar en el **Río de la Plata**, a centenares de metros de la orilla. Él era italiano y llegó a estas tierras varios años antes de que yo naciera.

—Después de navegar durante más de tres meses, atravesando tormentas que hacían que el galeón pareciera una cáscara de nuez y durmiendo en hamacas, estábamos desesperados por pisar tierra —contaba—. Pero cuando por fin llegamos, para ir hasta

la costa tuvimos que chapotear en el agua barrosa, con los zapatos en la mano. Al llegar a la orilla, prácticamente empapados, nos encontramos con que para irnos de ahí, los pasajeros teníamos dos opciones: montarnos a un caballo o apretujarnos en unas carretas desvencijadas.

Mi papá venía de **Cádiz** que, en esos años, era el principal puerto de **España** y la ciudad más animada. Allí se recibían las mercaderías que venían de las colonias españolas: cacao, azúcar, cueros, y especialmente plata y oro de «**las Indias**», como le decían a **América**. También, aunque me avergüence hasta escribirlo, como todavía estaba permitida la esclavitud, se traficaba con personas, que se vendían y compraban para trabajar en las minas, en el campo o como sirvientes en las casas.

Era bastante arriesgado mudarse a estos lugares casi salvajes. Aunque también, para los que estaban empezando, era la gran oportunidad de prosperar. Y **Domenico** quería eso, prosperar.

Él exportaba cueros, lana y plata, y en poco tiempo, se convirtió en uno de los comerciantes más ricos e influyentes de **Buenos Aires**, lo que le permitió ser aceptado por las familias criollas acomodadas.

Aunque ellos nunca lo contaron, supongo que mi papá conoció a **María Josefa**, mi mamá, en una tertulia, donde las muchachas tienen la posibilidad de charlar o bailar con los varones, siempre bajo la estricta vigilancia de sus madres. Mientras toman mate o algún vino dulce, en los salones corren los

chismes y las últimas noticias, y también se arreglan los noviazgos.

En ese entonces, **Pepa**, como le decimos todos a mi mamá, era una santiagueña preciosa y muy joven. A diferencia de otras chicas, sabía leer y escribir, ¡con lo importante que es eso! Me parece increíble que todavía haya algunos que se opongan a que las mujeres vayan a la escuela. ¿Saben una de las pavadas que dicen para sostener semejante atraso? Que no quieren que las muchachas puedan escribir ni recibir cartas de amor. ¡Como si eso pudiese impedir que las personas se enamoren!

María Josefa y Domenico se casaron y tuvieron un montón de hijos: cinco mujeres y ocho varones. Yo fui el sexto.

Cuando nací, mis padres les tenían tanto miedo a las enfermedades, que me pusieron los nombres de cinco santos para que me protegieran:

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús.

Vivíamos en una casa muy grande, a media cuadra del convento de **Santo Domingo**, que era como se llamaba nuestra calle, y también el barrio. La mayoría de nuestros vecinos eran comerciantes prósperos y familias pudientes como la mía. Muy cerca, había otras iglesias y conventos. Las campanadas de las iglesias

 **Me parece increíble que todavía haya algunos que se opongan a que las mujeres vayan a la escuela.**



eran nuestro reloj. Con mi hermano **Domingo**, que tiene dos años más que yo, las que más esperábamos eran las que marcaban el final de la siesta. Unas horas de puro aburrimiento, en las que no nos dejaban hacer nada. Y las más odiadas eran las de la mañana temprano, cuando había que salir de la cama.

Aunque vivíamos a solo tres cuadras de la **Plaza Mayor**, donde está el **Cabildo** y pasa todo lo importante, casi no nos dejaban salir. Nuestra diversión era jugar en el patio y treparnos a los árboles frutales para arrancar mandarinas, que muchas veces comíamos cuando todavía estaban verdes, pese a que sabíamos que después íbamos a tener dolor de panza. También, cuando escuchábamos que se acercaba el vendedor de golosinas, corríamos a la puerta para comprar algo con el medio real que nos daba nuestro padre cada semana. Mi hermano **Domingo** siempre se había gastado todo y encima era al que más le gustaban los dulces, así que después ponía cara de «pobrecito» y te rogaba para que le convidaras algo. Era muy glotón. ¡Las veces que nos peleamos porque se comía el pastel que le correspondía a alguno de nosotros o se zampaba hasta tres tazas de chocolate!

Las ganas de asomar la nariz afuera eran tantas, que los hermanos **Belgrano** usábamos cualquier excusa para salir. Cuando **Florencia**, mi hermana mayor, se estaba por casar, fueron días de gloria porque cada dos por tres mandaban a **Juana**, la morena que servía en casa, a comprar telas, hilos y puntillas, y yo muchas veces la acompañaba.

En uno de esos días, **Juana** tenía que ir a buscar un cepillo nuevo para **Josefa**, otra de mis hermanas, que tenía el pelo muy largo y todas las noches se lo cepillaba horas y horas. La morena no quería ir porque le daba miedo. Había estado lloviendo mucho y, como las calles eran todas de tierra, alrededor de casa había hasta pantanos. Decía que el día anterior había visto a uno que se había hundido en un pozo con caballo y todo. A mí me parecía que exageraba, pero cuando salimos, apenas dimos vuelta la esquina, aunque había centinelas para cuidar que nadie se cayera, un gaucho salió de una pulpería, no escuchó el grito de alerta y ¡zas! Delante de nuestros ojos, cayó en un pozo y en un santiamén quedó tapado por el agua. El sombrero flotaba. Por suerte, pudieron rescatarlo.

Andar por las calles angostas cuando oscurecía tampoco era fácil. Estaban iluminadas con unas velas chiquitas, que cada dos por tres se apagaban. Para no caerte en un pozo

o llevarte por delante un animal y darte un buen porrazo, había que ir acompañado de un negrito farolero, que marchaba adelante y te iba iluminando el camino. El moreno que solía acompañarnos se llamaba **Miguel** y era mi amigo.

○Había que ir acompañado de un negrito farolero, que marchaba adelante y te iba iluminando el camino.



Una tarde, como **Juana** estaba ocupada con otros quehaceres, mi madre le pidió a mi hermano **Carlos** que fuera a la botica del tío **Angelo Castelli** a buscarle unos remedios. En realidad, **Angelo** no era nuestro tío, pero para nosotros era de la familia porque era italiano como mi papá, y estaba casado con una prima de mi mamá. Con su hijo **Juan José**, fuimos juntos al colegio, después compartimos las luchas por la independencia, y además de sentirnos primos, siempre fuimos muy amigos.

A mí me encantaba ir a la botica, donde además podía estar **Juan José**, y le pedí a **Carlos** que me dejara acompañarlo.

—De ninguna manera, mocoso, no pienso llevarte —me dijo mi hermano ya dándose la vuelta para salir.

—Dale, por favor, no seas malo. No te voy a molestar... Te prometo que ni hablo —le rogué.

Mi mamá justo nos escuchó.

—Espere, mijo, no salga tan apurado —dijo dirigiéndose a **Carlos**—. Lleve a su hermano **Manuel** y vayan con el farolero, que en un rato ya es de noche.

Con **Juan José (Castelli)**, fuimos juntos al colegio, después compartimos las luchas por la independencia, y además de sentirnos primos, siempre fuimos muy amigos.

Carlos tenía nueve años más que yo y se sentía muy grande y valiente. Quería andar solo y consideraba que no necesitaba que nadie le llevara el farol. Además, como hice yo también cuando fui mayor, aprovechaba la salida para quedarse un rato mirando a los hombres que tomaban tragos y jugaban a los naipes en la pulperia, o daba vueltas por las tiendas, en las que a veces se podía ver a alguna linda muchacha comprando. De más está decir que la orden de mi mamá le cayó como una patada y que me fulminó con la mirada, pero no le quedó otra que obedecer.

Juan José no estaba en la botica, pero igual para mí era un buen plan estar ahí porque el negocio de **Angelo** me fascinaba. Mi tío era médico y preparaba los remedios, y las vitrinas estaban llenas de frascos de todos los tamaños, con nombres que cuando supe leer, alimentaron todavía más mis fantasías: «polvo de cuerno de unicornio», «excremento de murciélagos», «ranas machacadas», «corazón de paloma», «buche de aveSTRUZ».

Con el recado cumplido, nos tocó volver a casa.

Con **Miguel** íbamos por las veredas angostas, bien pegados a la pared, casi rozándonos la ropa. Aunque

Las vitrinas estaban llenas de frascos de todos los tamaños, con nombres como «polvo de cuerno de unicornio», «excremento de murciélagos», «ranas machacadas», «buche de aveSTRUZ».

cuando veíamos que se acercaba un militar, una señora o cualquier persona de tez blanca, él tenía que bajarse de la vereda y meter los pies en el barro. Cada vez que se bajó, yo lo seguí, y cuando llegamos, estaba hecho un desastre, con los zapatos y la ropa toda sucia.

—¿Qué hace así, **Manuelito**? ¿Por qué se ensució de esa manera? —me dijo la morena **Juana** apenas me vio.

—Porque acompañé a mi amigo **Miguel**, que tiene que pisar el barro para dejar pasar a los blancos solo por ser negro y esclavo, ¡y eso no es justo! Si los dos somos iguales.

Juana achinó los ojos y me sonrió, pero no dijo nada. Lo único que sí hizo fue ayudarme a cambiarme para que mi mamá no me pescara.

Para entonces, mi mamá me había enseñado a leer y yo leía a escondidas libros que contaban historias de valientes caballeros. Soñaba con ser como ellos: pelear por causas nobles y ayudar a los demás.

Como ya sabía leer, cuando empecé a ir a la **Escuela de Dios**, en el convento de **Santo Domingo**, en las clases de lectura casi que me dormía. ¡Encima, todo lo teníamos que aprender de memoria! Todavía me acuerdo de lo que nos hacía repetir el maestro: «En presencia de otro no saque cera de los

**○ Acompañé a
mi amigo Miguel,
que tiene que
pisar el barro
para dejar pasar
a los blancos solo
por ser negro y
esclavo.**



oídos, ni escarbe las narices, ni haga ruido al sonarse, ni después de sonarse mire el pañuelo». Muy poético, ¿no?

Aprender a escribir fue más difícil. Primero, tuve que dibujar las letras con un palito en una caja llena de arena húmeda. Un tedio. Más tarde, me tocó aprender a sacarle punta a las plumas de ganso, a trazar bien cada letra y, sobre todo, a no hacer manchones ni ensuciarme con tinta. Al principio, me dejaba las manos hechas una vergüenza. Pero ahora me gusta mucho escribir, aunque siga siendo trabajoso.

En 1776, un año antes de que yo entrase a la escuela, por orden de **Carlos III**, el rey de **España**, se había creado el virreinato del **Río de la Plata y Buenos Aires** había sido designada capital. La autorizaron a tener puerto y aduana propia, y eso hizo que la ciudad creciera y se volviese cada vez más rica.

Como había más oportunidades de trabajo, llegó gente del propio virreinato y también de **Europa**. La población aumentó y las posibilidades de negocios se multiplicaron, aunque el contrabando continuó siendo moneda corriente. Seguíamos siendo una colonia española y nos gobernaba un rey que estaba en **España**, a miles y miles de kilómetros. Un rey que no

En presencia de otro no saque cera de los oídos, ni escarbe las narices, ni haga ruido al sonarse, ni después de sonarse mire el pañuelo.

conocía nuestras tierras ni nuestras costumbres, pero que envió a distintos virreyes para que nos gobernaran en su nombre. Ellos manejaban la política y utilizaban el trabajo de los indígenas y los esclavos para extraer las riquezas de nuestro suelo y mandarlas a **España**.

A su vez, nos vendían lo que **España** producía, obviamente al precio que más les convenía.

Pero yo por entonces era chico y mis grandes preocupaciones pasaban por ganarle a mis hermanos a las escondidas y armar la fogata más alta en los festejos de **San Pedro** y **San Pablo**.

Cuando se acercaban esos festejos, con mis hermanos y los chicos del barrio nos pasábamos días merodeando por las casas y por las calles buscando cualquier cosa que pudiera quemarse. Cajones, ruedas de carros deshechas, pantalones hechos hilachas, todo llevábamos al campito cerca del convento donde se armaba la fogata. En el afán de juntar cosas que sirvieran para prender el fuego, mi hermano **Francisco**, que era un año más chico que yo y siempre hacía macanas, estuvo a punto de quebrarle una pata a una silla medio vieja. Lo agarraron justo cuando estaba tironeando para romperla y como castigo, ese año se quedó sin fogata.

El rey no
conocía
nuestras tierras
ni nuestras
costumbres, pero
envió a distintos
virreyes a que nos
gobernaran en su
nombre.



Mis padres, como casi todos, eran bastante severos. Nos trataban más con rigor que con dulzura, aunque peor era en la escuela. Por travesuras como la de **Francisco**, te daban azotes. Y cuando no sabías una lección, te golpeaban la palma de la mano, que te quedaba ardiendo y roja como un tomate, o te hacían quedarte horas de rodillas sobre granos de maíz. Tenían la idea equivocada de que con esos métodos nos enseñaban y lograban que aprendiésemos más. Algo muy horrible, con lo que nunca estuve de acuerdo.

Como era buen alumno, yo no sufri ese tipo de castigos. Ni en la **Escuela de Dios** ni cuando a los 14 años empecé a ir al **Real Colegio de San Carlos**, que quedaba a pocas cuadras de casa. Al contrario, me gustaba mucho estudiar y leer.

En el **San Carlos** aprendí latín, filosofía y algo de teología, y ¡también a comer horrible! Pese a que para estudiar en ese colegio había que tener permiso del virrey y en su reglamento decía que para ser admitido como alumno había que «ser de primera clase», la comida que nos daban no solo era un verdadero asco, sino que muchas veces hasta tenía bichos, por lo que cada dos por tres alguno se enfermaba del estómago.

Mi primo **Juan José** y yo éramos compañeros y siempre protestábamos por estas cosas y muchas otras que nos parecían injustas. Él después se fue a estudiar a **Córdoba**, al **Colegio Monserrat**.



El verano anterior a que se fuera, compartimos unos días de vacaciones en **Las Cinco Esquinas**, la quinta que tenía mi abuela materna en la **Recoleta**. Llegar hasta ahí ya era divertido. Los hombres a caballo, las mujeres en el carro, el equipaje en una carreta, y todos los varones más chicos en un carro que se zarandeaba y se inclinaba sobre los puentes de palos hasta casi tocar el agua de los arroyos. Hacíamos tanto aspaviento con cada tumbó, que mi hermano **Francisco** una vez casi se cae. ¡Lo agarré del fundillo de los pantalones y pude salvarlo, pero quedó con medio trasero al aire!

La quinta de mi abuela **María Inés** era enorme y estaba sobre la barranca que daba al río. Alrededor había solo campo. Ella fumaba unos cigarros olorosos a escondidas de mi mamá y nos contaba historias de ánimas, monstruos y fantasmas, que con su voz gruesa, de fumadora, sonaban todavía más espeluznantes.

La que más nos impactó fue una que nos contó acerca de un pirata muy codicioso y sanguinario, que se había atrevido a robarle a otro pirata y había huido con su tesoro por el **Río de la Plata**.

«Desembarcó acá nomás –relató la abuela–. En la costa que pueden ver aquí abajo –dijo señalando la ventana que daba al río. Después, hizo silencio, y nos dejó unos segundos expectantes, hasta que siguió diciendo–: Esa noche hacía calor. Tanto calor como hoy y el río echaba una bruma espesa, que no dejaba ver nada».



El pirata se asustó tanto que empezó a imaginar que las ramas del fondo barroso del río eran manos peludas que querían arrastrarlo y tragarlo, que los árboles eran fantasmas que lo acechaban y que el marinero que lo acompañaba era una calavera y la mismísima muerte que había venido a buscarlo. Hasta que siguiendo una voz que creyó escuchar y para salvarse de los seres monstruosos que lo perseguían, le cortó la cabeza al marinero y luego se cortó su propia cabeza.

«Muchos aseguran que en las noches calurosas y de bruma, el pirata y el marinero sin cabeza todavía deambulan por la costa», dijo mi abuela cerrando su relato.

Nos dejó a todos temblando, pero **Juan José** y yo no íbamos a admitirlo. Y además, nada queríamos más que vivir una aventura. Así que esa misma noche, no recuerdo bien cómo lo logramos, pero nos escapamos para bajar hasta la costa del río.



Ya andar por la
barranca a oscuras daba
miedo. Había espinas,
zarcillos que se nos
enganchaban en la ropa,
ramas que se atravesaban...
pero cuando llegamos a la
costa fue peor.

—¿Escuchaste eso? —me
dijo **Juan José**, tirando de
la manga de mi camisa para
que dejase de caminar.

—Sí... son voces y parece que vienen del río —respondí asustado pero sin poder ver nada.

Unos segundos después, nos acostumbramos a la oscuridad y aparecieron:

—¡Hay dos personas dentro del río y no tienen cabeza! —exclamé.

—¡Y se están moviendo! —chilló **Juan José**. —¡El pirata sin cabeza y el marinero!

Los dos subimos la barranca a toda velocidad y recién cuando llegamos a la galería de la casa fuimos capaces de hablar. Estábamos seguros de haber visto al pirata y al marinero sin cabeza.

Hasta que a la mañana siguiente, mientras comíamos bollos y tomábamos mate cocido, una de las morenas que servía en la casa le dijo a otra:

—Anoche, para aguantar el calor y aprovechando que estaba oscuro, bajamos con **Nidia** al río para tomar un baño. Pero algunos de estos mocitos que andaban por ahí, parece que se asustaron. ¡Habrán pensado que éramos fantasmas!

Las muchachas rieron y después de unos segundos de vergüenza por haber sido tan tontos, **Juan José** y yo también soltamos una carcajada. 